

ROBERT MENASSE Y RAFAEL CHIRBES: REFLEXIONES LITERARIAS SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL

Patricia CIFRE WIBROW
Universidad de Salamanca

1. Introducción

En este trabajo se pretenden estudiar las relaciones de analogía o afinidad que se dan entre dos autores contemporáneos, uno español (Rafael Chirbes) y otro austriaco (Robert Menasse). Las conexiones que se van a explorar no están apoyadas por una relación histórica basada en contactos reales. No se trata de constatar una posible interdependencia entre sus textos, sino de analizar su obra como dos reacciones, si bien independientes, semejantes en lo esencial, frente a un pasado problemático. Nuestro enfoque sigue englobándose, por tanto, dentro del ámbito de los estudios comparados, aunque se aleja de su campo más tradicional, dedicado al estudio de las fuentes y las influencias –esto es, a los intercambios, los intermediarios y la recepción–, para atender en su lugar a la forma en que una serie de condicionamientos históricos y sociológicos comparables cristalizan literariamente, dando lugar a una serie de preguntas y respuestas comunes que discurren paralelas en el tiempo.

Robert Menasse y Rafael Chirbes son dos autores coetáneos y con una formación académica similar: el primero nació en 1954 en Viena y estudió Germanística, Filosofía y Ciencias Políticas en Viena, Salzburgo y Messina; el segundo nació cinco años antes, en 1949, en un pequeño pueblo de Valencia (Tabernes de Valldigna) y estudió Historia Moderna y Contemporánea en Madrid. Aparte de dedicarse a la narrativa, ambos autores han hecho notar su presencia en la prensa diaria con contundentes artículos en los que dejan constancia de su toma de partido en temas de ámbito social, político o estético. Ninguno de ellos ha vivido la guerra, ni la inmediata posguerra, pero el examen retrospectivo que hacen de este periodo presenta importantes paralelismos y concordancias. Tanto en sus novelas como en sus ensayos reflexionan sobre la forma en la que se reconstruyó el sentimiento de identidad nacional después del fascismo, una vez que se implantó de nuevo la democracia en sus respectivos países, y se muestran muy críticos con lo limitado del concepto de identidad propagado desde el poder. También coinciden en las críticas que dirigen contra el tratamiento literario que las respectivas literaturas nacionales hicieron de la guerra y de la dictadura. Se trata, en definitiva, de dos típicos representantes de esa *rara avis*, cuyo amor por el propio país se manifiesta sobre todo a través de la pasión con la que lo denigran. Sobre todo Menasse adopta un tipo de argumentación un tanto apodíptica que parece omitir todo cuanto no apunta en la dirección deseada, motivo por el cual ha suscitado con frecuencia las críticas de sus compatriotas. Pese a ello ha sido galardonado con numerosos premios literarios, circunstancia ésta que lo diferencia de

su colega Rafael Chirbes, cuya labor incomprensiblemente no ha sido merecedora de ningún premio español. Según confiesa el propio Chirbes, su narrativa es mucho más conocida y valorada en Alemania que en su propio país (Fernández: 2002. 1).

Las señas de identidad que buscan plasmar en su obras de ficción, y sobre las que reflexionan en sus ensayos, constituyen el centro de atención de este trabajo. Nuestra intención es mostrar que los particularismos que ambos creen detectar en su entorno presentan interesantes coincidencias cuando son sometidos a una comparación sistemática. Se trata, pues, de analizar cuáles son dichas señas de identidad y cómo se plasman en la obra narrativa. Para ello se atenderá en primer lugar a las reflexiones que ambos desarrollan sobre el proceso de construcción de la identidad nacional y a la denuncia que hacen de la manipulación que se ha hecho en uno y otro país de la memoria colectiva. A continuación se analizará el tratamiento que ambos autores han hecho de estas mismas cuestiones en la obra narrativa, sobre todo en sus novelas *La larga marcha* (1996) y *Die Vertreibung aus der Hölle* (2001).

2. Desmemoria y olvido como premisas para la reconstrucción nacional

Antes de proceder a un análisis algo más detallado de los ensayos de Menasse, conviene adelantar que su discurso, plagado de alusiones a cuestiones históricas, plantea serias dificultades al lector no nacional. Menasse tiende a partir de los detalles más nimios para construir haces de relaciones en los que todo parece apuntar en la misma dirección. Sus tesis desembocan con frecuencia en una serie de generalizaciones más fácilmente relativizables para un lector austriaco que para uno extranjero. Por este motivo creo que fuera de Austria sus ensayos debieran ser leídos con extremo cuidado. Una lectura que se limitara a una autosatisfecha constatación de las debilidades ajenas no tendría, en mi opinión, ningún sentido. Mucho más productivo me parece tomar estos textos como punto de partida para una reflexión acerca de los mecanismos de la memoria y el olvido en el propio país. Este es el proceso de recepción que quisiera impulsar aquí.

En las tres colecciones de ensayos que lleva publicados hasta la fecha –*Überbau und Underground. Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik* (1990), *Das Land ohne Eigenschaften* (1992) y *Erklär mir Österreich* (2000)–, Menasse incide muy particularmente en el hecho de que en Austria al finalizar la guerra se instauró una política de consenso en virtud de la cual la memoria pasó a ser considerada como un elemento perturbador que debía ser excluido del espacio público. Su argumentación arranca de la provocativa afirmación de que ningún país del mundo ha adoptado una actitud tan escapista frente a su pasado como Austria (Menasse 1995: 13). Tanto en *Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik* como en *Das Land ohne Eigenschaften* se parte de la afirmación de que la Segunda República nunca quiso asumir la parte de responsabilidad que se derivaba de los crímenes cometidos por el régimen nacionalsocialista, sino que centró todos sus esfuerzos en convencer al mundo (y convencerse a sí misma) de que Austria había sido la primera víctima de la política expansionista del III Reich. En lugar de reflexionar acerca de las continuidades existentes entre el austrofascismo y el nacionalsocialismo, se sostuvo durante décadas la tesis de que los con-

flictos ideológicos entre derecha e izquierda habían sido los verdaderos responsables de la caída de la república, puesto que habían debilitado la democracia hasta el punto de dejarla indefensa frente a la amenaza proveniente del exterior. Es decir que a la hora de sentar las bases para un nuevo estado en Austria se partió, según Menasse, de un “Nunca más” que no iba referido en primer lugar al fascismo, sino sobre todo a las tensiones ideológicas que marcaron el periodo de entreguerras. La política hecha a base de pactos y coaliciones que se desarrolló después del 45 sirvió, según reconoce Menasse, para cohesionar a los partidos políticos austriacos y para maniobrar políticamente en un momento en que había que enfrentarse a la posibilidad de que la Unión Soviética acabara incorporando su zona de ocupación al bloque del Este. Pero a la larga esa cultura de pactos y coaliciones, que acabó cristalizando en la así llamada *Sozialpartnerschaft*, vino a impedir, según Menasse, la renovación ideológica del país. Y es que las estrechas relaciones que por aquel entonces se establecían entre los grandes grupos de presión, los sindicatos, el gobierno y la administración no sólo sirvieron para fomentar la capacidad de llegar a acuerdos políticos y económicos importantes, destinados a limar los conflictos sociales existentes, sino que al mismo tiempo fueron instrumentalizados por los principales partidos políticos para perpetuarse en el poder y para escamotearle a la opinión pública los conflictos realmente existentes: “Alle wesentlichen politischen Entscheidungen werden im harmonischen Gespräch einer informell sich zusammensetzenden Handvoll Männer hinter verschlossenen Türen getroffen, abseits jeglicher demokratischer Kontrolle oder öffentlicher Diskussion.” (Menasse 1997: 25). Esta forma “consensuada” de resolver los conflictos políticos y económicos tiene para Menasse un fondo profundamente antidemocrático:

Seiner Verfassung nach ist Österreich eine parlamentarische Demokratie. Das ist es allerdings nicht in Wirklichkeit. Denn alle wesentlichen Entscheidungen werden nicht von gewählten Volksvertretern im Hohen Haus getroffen, sondern von demokratisch nicht legitimierten Funktionären in den Gremien der Sozialpartnerschaft. (Menasse 1995: 92)

Para convencernos de la necesidad de relativizar tales opiniones, basta contrastarlas con las que hallamos expuestas en las obras de numerosos autores como el holandés Arend Lijphart que ha señalado que este tipo de democracias “consensuadas”, como él las llama, no sólo se dan en Austria, sino también en otros países como Bélgica o Suiza —es decir, en sociedades plurales, fuertemente fragmentadas, e incluso polarizadas, ya sea por motivos lingüísticos, religiosos o políticos. También se ha subrayado frecuentemente el hecho de que los acuerdos alcanzados se basan siempre en la libre voluntad de todos los implicados, dado que los órganos de la *Sozialpartnerschaft* no tienen ningún poder coercitivo. Analistas extranjeros procedentes de las jóvenes democracias surgidas en los países del Este tienden a valorar sobre todo el potencial estabilizador que, desde su punto de vista, podría resultar útil para su propio país. Así, en la recopilación de artículos sobre este tema titulado *Austro-Corporativism, Past, Present and Future* se abunda muy particularmente en esta idea:

These days both the corporate state and neutrality have increasingly come under attack as being outdated. Yet they still are seen as possible models for the new democracies in East Central Europe. Many foreign observers have seen Austria's social

partnership as a very successful instrument for stabilizing democracy and attaining compromise and consensus in the social sphere. (Bischof 1996: 1)

Para Menasse, sin embargo, no cabe duda de que debido a esta forma “consensuada” de resolver los conflictos y las contradicciones sociales antes de que salgan a la luz pública, la política austriaca ha acabado convertida en una bella escenificación a la que la opinión pública asiste pasivamente. En *Das Land ohne Eigenschaften*, analiza algunas de las consecuencias políticas y culturales que se deducen de esta pasión tan austriaca por reconciliar lo irreconciliable. Partiendo del análisis de innumerables detalles concretos de la vida pública, Menasse trata de demostrar que en su país las ficciones han llegado a ser percibidas como reales, mientras que la realidad ya sólo puede expresarse a través de la ficción. Austria se revela ante la atenta mirada del analista como un país cada vez más irreal, en el que las bellas apariencias son percibidas como realidades y en donde la confusión imperante entre las categorías de la realidad (“Wirklichkeit”) y lo real (“Realität”) ha alcanzado dimensiones casi grotescas (Menasse 1995: 93). A modo de ejemplo, se refiere Menasse al hecho de que en Austria la constitución es calificada de “Idealverfassung”, mientras que lo que se impone en la praxis es una así llamada “Realverfassung”, que no se encuentra plasmada en ninguna parte (Menasse 1995: 93). Y también los otros dos documentos fundacionales de la República, el “Staatsvertrag” y la Declaración de Neutralidad, constituyen un buen ejemplo de lo que él califica como “Realfiktionen”:

Die Neutralität, “das Fundament der österreichischen Identität” (so die Meinungsforscher) ist tatsächlich die fundamentale österreichische Real-Fiktion: sie ist, wie man in historischen Documenten und in der Fachliteratur leicht nachlesen kann, auf völkerrechtlich verbindliche Weise inexistent. Sie ist Fiktion, war nur als Fiktion geplant, hat sich in den Köpfen der Österreicher als Fiktion selbstständig gemacht, und nur als solche, als verselbständigte Fiktion, hat sie Realität erhalten. (Menasse 1995: 77)

Rafael Chirbes manifiesta idéntica actitud de sospecha frente a la verdad oficial y frente a la cultura como forma de dominación. Sus ensayos, y sobre todo las entrevistas publicadas en los medios de comunicación, constituyen un ataque frontal y masivo contra la cultura oficial. En ellos denuncia el carácter desmemoriado de la sociedad española, mostrándose muy crítico con su propia generación que, según dice, postergó su espíritu crítico, sus viejos sueños igualitarios en cuanto llegó al poder, prefiriendo “curarse con la medicina del olvido en lugar de aprender con el purgante de la memoria.” (Chirbes 2003: 8). Al igual que Menasse, Chirbes vuelve con insistencia sobre la idea de que durante la transición se desperdició una oportunidad única de reforma social y cultural. Desde su punto de vista, a la muerte de Franco los partidos no tardaron en darse cuenta de que las elecciones las iban a ganar los que lograran hacerse con las clases medias, poco dadas a los experimentos revolucionarios y preocupadas principalmente por el mantenimiento de la estabilidad social y económica, motivo por el cual todos se presentaron a las urnas con un olvido histórico y con el firme compromiso de no mirar atrás. Es decir que el proceso democratizador español se vio marcado por una política de pactos que hizo que en la España de la transición fuera suprimida la memoria histórica, y no se admitiera más que aquella verdad “responsable” que había sido purgada de todo lo que pudiera herir

sensibilidades. Para Chirbes es claro que la transición la hicieron aquellos que supieron pactar; quienes desde el primer momento comprendieron que el compromiso era ineludible y que la cultura política de la transición iba a estar marcada por lo que más tarde dio en llamarse la “reconciliación”. Esta política fue la que, en su opinión, continuó imperando una vez reinstaurada e incluso afianzada la democracia. La promesa de un “Cambio” con mayúsculas que precedió a la subida al poder del partido socialista no se tradujo en un cambio de actitud frente al pasado: “El PSOE”, observa el escritor, “se quería ganar a las clases medias provenientes del franquismo, y esa memoria no le servía para nada... hasta que pierde las elecciones.” (Chirbes, 2003: 8).

Tan importante como esta falta de voluntad política fue, según Chirbes, el fracaso de la así llamada inteligencia: a su modo de ver, en España faltó una tradición ilustrada y democrática capaz de renovar el clima cultural, recuperando los valores de una España republicana, libertaria, crítica y al mismo tiempo tolerante. Los medios de información se vieron copados por un medio intelectual debilitado por ese desencanto que no tardó en suceder a la primera euforia democrática, de modo que a comienzos de los ochenta predominaba una actitud cínica. También en los círculos intelectuales y académicos se impuso un desalentador conformismo. El resultado de todo ello fue, para Chirbes, una cultura intelectual y mediática en la que la idea de lo “políticamente correcto” llegaba a calar profundamente en la mente de las personas.

Ambos autores se muestran de acuerdo, pues, en que ese olvido histórico con el que se inició en sus respectivos países la andadura democrática no pudo por menos de marcar la identidad individual y colectiva de españoles y austriacos. Y no ya sólo porque quedaron sin procesar los traumas del pasado, sino porque ese firme compromiso de no volver la vista atrás, abría las puertas a un arte y una cultura literaria e intelectual que en lugar de comprometerse con la realidad, recurría a toda suerte de mistificaciones para alimentar la imagen que la colectividad pretendía hacerse de sí misma. En *Überbau und Underground. Die sozialpartnerschaftliche Ästhetik* (1990), Menasse analiza los efectos que tuvo el clima políticamente conservador de la posguerra en el mundo de la cultura y muy particularmente en el tratamiento literario que se hizo del pasado. Reconstruye los esfuerzos que a partir de mediados de los cincuenta se hicieron desde el poder a fin de reanimar la vida cultural y llama la atención sobre la forma en la que fueron silenciados o marginados los autores que pretendieron volver sobre un pasado que el resto de la sociedad trataba de olvidar. Al analizar los textos de algunos de estos escritores como Gerhard Fritsch, Fritz Habeck o Hans Lebert, Menasse se fija sobre todo en las técnicas empleadas a fin de desmascarar esa bella apariencia de armonía como simulacro. A continuación nos invita a compararlas con los recursos mistificadores de las que se valen los autores consagrados del momento como Heimito von Doderer o Alexander Lernet Holenia para armonizar lo disonante. El éxito alcanzado por tales autores le sirve para apuntalar sus tesis acerca de la manipulación de la que fue hecha la cultura durante la década de los cincuenta, cuando se potenció de forma sistemática un tipo de literatura que invitaba a los lectores a reconciliarse con su propio pasado, apoyando de esta suerte, consciente o inconscientemente, los esfuerzos políticos que se estaban haciendo a fin de reconstruir un sentimiento de identidad específicamente austriaco. “Man wollte also wieder eine eigene, eine österreichische Literatur besitzen, und diese sollte sich

eben durch eine Verwurzeltheit im Österreichischem ausweisen können, was den Blick naturgemäß in die Vergangenheit, ins 'alte Österreich' wendete." (Menasse 1997:40).

Aun sin negar el hecho de que a partir de finales de los cincuenta surgió en Austria una nueva literatura experimental que trataba de sacar a relucir las relaciones de poder que se escondían en las propias estructuras del lenguaje, Menasse tiende a restarle importancia. Argumenta que los logros alcanzados por la *Wiener Gruppe* al poco tiempo fueron anulados por la "reestetización" detectable ya en textos como *Publikumserfolg* (1965) de Peter Handke o *Frost* (1963) de Thomas Bernhard. Y a partir de mediados de los sesenta ese progresivo alejamiento de lo real se afianza aún más decididamente con la así llamada "Literatur der Innerlichkeit", cuya marcada tendencia a privatizar o incluso mistificar los conflictos, es, en su opinión, un perfecto reflejo del consenso artificial reinante en la política. Lo que Menasse le reprocha a algunos de sus principales representantes como Peter Hanke, Gerhard Roth o Peter Rosei es el hecho de que en sus obras no hay ningún tipo de "concreción histórica" motivo por el cual los tacha de "conservadores" (Menasse 1997: 96). Reconoce que hay otra serie de autores como Michael Scharang que se integran en otra línea más comprometida de la literatura austriaca, pero a estos sencillamente no los considera relevantes, argumentando que su literatura técnicamente no se encuentra a la altura de sus intenciones.

Es mag erstaunen, daß Dichter, die die avancierteste Form zur Beschreibung und Kritik von Herrschaftsverhältnisse entwickelt haben, gleichzeitig völlig entpolitisiert scheinen, oder, so sie sich politisch äußern, einen deutlichen Hang zu politisch konservativen Positionen haben. [...] Umgekehrt sind jene Autoren, die mit dem Anspruch angetreten sind, eine politisch explizit fortschrittliche Literatur zu machen, letztlich an der Rückständigkeit ihrer Techniken gescheitert. (Menasse 1997: 92)

La forma en la que Menasse habla aquí de recursos, técnicas y autores "progresistas" o "avanzados" y "conservadores", sin molestarse en especificar qué debemos entender por una literatura "progresista", parece un tanto superficial. Para él lo literariamente "progresista" deja de serlo, por lo que parece, si no va unido a una experimentación formal y viceversa: la literatura experimental pierde su carácter "avanzado" si no se compromete con su momento histórico. No hace falta abundar en el carácter altamente problemático y ciertamente discutible de tales valoraciones, que no dejan de ser un tanto dogmáticas. Igualmente discutibles son, en mi opinión, las contraposiciones que lleva a cabo entre la literatura alemana y la austriaca, afirmando que ésta última no hizo durante mucho tiempo apenas ningún esfuerzo por procesar la experiencia del fascismo y la guerra. Pero nuestro objetivo en el presente ensayo no es el de rebatir los análisis concretos que Menasse hace de una serie de autores o textos aislados, sino el de llamar la atención sobre el enjuiciamiento que le merece el clima socio-político y cultural imperante en Austria a lo largo de las últimas décadas, a fin de enlazar sus apreciaciones con las que ha llevado a cabo su colega español.

Volvemos, pues, sobre el otro término de comparación; sobre la visión que tiene Chirbes sobre el panorama cultural y literario de la Península. Al igual que Menasse,

también Chirbes subraya el grado de instrumentalización política de la que ha sido hecho objeto la literatura española a lo largo de los últimos años. El patrimonio cultural no es, a su modo de ver, más que la presa que se disputan los diversos grupos de interés. Primero, a lo largo de la década de los ochenta, fueron los socialistas lo que esgrimieron el nombre de Lorca casi como un estandarte y más adelante, una vez que se produjo el relevo del poder, fue la derecha la que, según Chirbes, se apresuró a seguir la misma técnica, “saqueando” el patrimonio cultural y organizando toda suerte de actos conmemorativos. La izquierda reaccionó jugando –ahora sí– la carta de la memoria. Su único objetivo era, sin embargo, disputarle al enemigo político una sensibilidad histórica de la que se consideraba única poseedora:

Aub era de los nuestros, dijo el candidato [Joaquín Almunia]. Pero, claro, los de Aub, los socialistas habían estado 14 años (¿fueron catorce? Pareció un siglo) en el poder y, durante todo este tiempo la obra de Aub no existió. [...] La memoria se puso de moda porque [...] en su nombre podía pedírsele al Parlamento que condenara un franquismo que, cuando se tenía la mayoría absoluta, no se había condenado; que se condecorara a los héroes populares de la guerra a quienes se les había dicho que callaran; y se habló de exilio, de las torturas franquistas... (Chirbes 2003: 5-6)

La gran cantidad de novelas publicadas a lo largo de los últimos años sobre Franco y el Franquismo no son, para Chirbes, sino la respuesta a una demanda hábilmente alimentada por los grupos de presión correspondientes. Así lo explica Chirbes en una entrevista publicada en *Die Weltwoche*:

Momentan ist es in Spanien gerade Mode, die Franco-Zeit literarisch aufzugreifen. Während die Linke regierte, interessierte das Thema hingegen niemanden – jetzt wo sie die Macht verloren hat, versuchen sich ihre literarischen Exponente den Anschein einer historischen Sensibilität zu geben, die sie gleichzeitig dem politischen Gegner absprechen. (Chirbes 2002: 34)

En sus críticas literarias Chirbes denuncia el olvido del que ha sido hecho objeto la literatura de la emigración, que hasta hoy sigue ocupando un lugar marginal en las historias de la literatura española. Como él dice, se trata de olvidos que nunca son inocentes, pues “el lenguaje se organiza de una determinada manera al servicio de algo o de alguien. Y a ese orden sólo el exterior le impone la legitimidad última (el qui prodest?), más allá de la riqueza y coherencia internas de la obra.” (Chirbes 2002: 158). En sus análisis y reseñas literarias, Chirbes no se conforma, sin embargo, con rebelarse contra algunos de esos olvidos históricos como el de Max Aub, por ejemplo, sino que se muestra muy crítico con el enjuiciamiento que los *media* hacen de la literatura actual. Su apasionada reivindicación de la obra de un coetáneo prácticamente desconocido como Eduardo Zúñiga puede leerse al mismo tiempo como una crítica al tratamiento que de la guerra civil han hecho otros escritores de reconocido prestigio como Benet. En *El novelista perplejo* aparece recogida una conferencia sobre Zúñiga en la que Chirbes compara la visión que de la guerra civil tienen ambos autores: A Benet le reprocha el haber olvidado lo esencial de ese conflicto: el hecho de que fue un enfrentamiento no sólo de *vidas*, sino también de *clases*. Mientras que de la novela de Zúñiga *Largo Noviembre en Madrid* (1980) alaba precisamente lo contrario: la hábil combinación que hace de lo público (la historia, la guerra) y lo privado (la ambición, el egoísmo, la solidaridad, el amor, la pasión, el

sexo); lo de dentro (la psicología) y lo de fuera (la historia) (Chirbes 2002: 113). Al final del artículo, Chirbes deja patente su desacuerdo con la valoración que se está haciendo de la literatura española contemporánea por parte de la crítica oficial, al comparar el espacio dedicado por Francisco Rico y Darío Villanueva en la *Historia crítica de la literatura española* de 1992 a autores como Soledad Puértolas, Eduardo Mendoza, Juan José Millás o él mismo frente a la breve mención de dos renglones que se hace de la obra de Zúñiga (Chirbes 2002: 112-113). Desde su punto de vista, a comienzos de los años ochenta en España se dieron por liquidados todos aquellos temas que parecían demasiado estrechamente relacionados con la literatura de los cuarenta y de los cincuenta. Y esto fue un error, porque se perdió la carga subversiva que había tenido la literatura hasta este momento (Chirbes 2002: 145-160).

3. Narrativa

La visión que estos autores tienen del tiempo y de la memoria encuentra su reflejo –¿cómo no?– en sus obras de ficción. Tanto para Chirbes como para Menasse la literatura surge de la voluntad del escritor de entender el mundo, y esta comprensión está necesariamente anclada en la historia. Para explicar el presente de un individuo, ambos saben que deben explorar momentos específicos de su pasado y buscar en ellos las claves para la comprensión de su existencia e identidad. Presente y pasado conforman, pues, en su narrativa una unidad, aunque, de entrada, cabe señalar que el interés de Chirbes por los temas históricos es más marcado que el de Menasse, que mantiene una posición un tanto escéptica frente al género histórico. Mientras que para el valenciano “la recuperación de la memoria de la España de la Guerra Civil y de la dictadura tiene un interés en sí mismo” (Chirbes 2002:106-107), a Menasse el pasado sólo le interesa en la medida en la que sigue actuando sobre el presente: “Bei mir ist der Anspruch auf Zeitgenossenschaft so stark, dass mich historische Romane eher unter dem Blickwinkel interessieren, was sehe ich in einem großen historischen Bogen im Hinblick auf die gewordenheit meines zeigenössischen Lebens.” (Engelberg 2002: 13).

El particular interés que siente Menasse por el pasado en tanto que explicación o incluso prefiguración condicionadora del presente le lleva a priorizar aquellos esquemas narrativos que le permiten entremezclar dos niveles temporales distintos, uno mucho más próximo al lector y otro más lejano, de tal forma que la evocación del pasado siempre está puesta en función del presente. Esto ya sucede así en las tres novelas que componen la *Trilogie der Entgeisterung* (*Sinnliche Gewissheit*, 1988; *Selige Zeiten, brüchige Welt*, 1991; *Schubumkehr*, 1995), en donde las evocaciones del pasado conforman microrrelatos incrustados en el discurso presente del personaje. Pero es en su última novela, *Die Vertreibung aus der Hölle* (2001), en donde el relato se desdobra en dos niveles temporales distintos que se superponen, iluminándose mutuamente. En un nivel se reconstruye la biografía del rabino Samuel Manasseh ben Israel, posiblemente un antepasado del autor, nacido en 1604 en Portugal en el seno de una familia de conversos que tuvo que huir de la Santa Inquisición para refugiarse en Ámsterdam. El otro nivel aparece centrado en la figura de Viktor Abra-

vanel, nacido en 1955 en Viena (es decir un año más tarde que el propio Menasse) en una familia en parte judía y en parte austriaca. Este segundo relato se inicia a finales de los ochenta, en una cena en la que Viktor se reencuentra con sus antiguos condiscípulos veinticinco años tras finalizar el bachillerato. El ambiente festivo se ve drásticamente perturbado cuando, nada más comenzar la reunión, Viktor confronta a los comensales con el pasado nazi de sus profesores. Víctor se basa en meros supuestos, pero sus revelaciones caen como una bomba en la reunión. Todos abandonan atropelladamente el local a excepción de una compañera de universidad con la que Viktor emprende un largo recorrido en taxi por las calles de Viena en cuyo transcurso va evocando su pasado.

También a Chirbes le gusta jugar con distintos niveles temporales, construyendo sus relatos como un intrincado montaje en donde el tratamiento del tiempo narrativo se ordena en constantes saltos hacia atrás o hacia delante. *La larga marcha* (1996), una novela comparable en muchos aspectos a la de Menasse, está estructurada en dos partes: la primera se desarrolla en la España de la postguerra (1948) y narra la vida de una serie de personajes fracasados, existencialmente deshechos, cuya metamorfosis existencial ha sido provocada por la guerra civil y sus consecuencias. La guerra significó para todos ellos (excepción hecha de algunos personajes burgueses), una ruptura en la tranquilizadora continuidad generacional; el desarraigo, la pobreza y la marginación. En la segunda parte, situada a finales de los años sesenta, se narra la formación de una nueva generación. Los protagonistas son los hijos de los personajes anteriores que, veinte años después, acaban entrando en la universidad, participando en las revueltas estudiantiles y afiliándose a un partido, Alternativa Comunista.

Aparentemente ambas novelas renuncian a establecer una conexión entre los dos niveles temporales en los que se desarrolla la acción. Pero todo en ellas nos invita a reflexionar sobre las continuidades y las rupturas entre presente y pasado. En *La larga marcha* Chirbes nos enfrenta a dos generaciones contiguas pero yuxtapuestas, separadas entre sí por el silencio y por las heridas mal cerradas de la memoria. Los protagonistas de la segunda parte nada saben de las experiencias centrales que conforman la vida de sus padres, pero los lectores, que sí conocemos la trayectoria vital de esa otra generación, podemos observar cómo el silencio de los padres —que resulta de las humillaciones sufridas; así como del deseo de facilitar la asimilación de los hijos y del miedo a las consecuencias que pueden derivarse de las actividades ilegales de éstos— mantiene a éstos desconectados del pasado y de la memoria. Ignorantes del dolor vivido por los padres, los hijos parecen avanzar a tientas. No saben de dónde vienen, y lo que es más importante: no son conscientes de esta falta de pasado. Con sus esfuerzos revolucionarios tratan de crear un mundo nuevo, pero en realidad están reproduciendo una situación ya vivida, y lo hacen con la misma inconsciencia con la que lo hizo la generación anterior. Todos ellos acabarán sometidos a la misma violencia que rompió la vida de sus padres. Al final de la novela, encerrado en una celda de unos pocos metros cuadrados, Carmelo siente que su único deseo es el de poder volver atrás, recuperar la normalidad y esa memoria perdida. Mientras oye como en la celda de al lado alguien (su camarada Luis Coronado) implora entre sollozos clemencia: “Es que mi hermano es guardia”, se esfuerza inútilmente por evocar esa tierra desconocida en la que discurrió la vida de sus padres y abuelos. En *Die*

Vertreibung aus der Hölle, reencontramos esta misma incomunicación generacional en la historia de Viktor, cuyas preguntas, dirigidas al padre y a los abuelos, sobrevivientes del holocausto, no reciben respuesta más que cuando hace ya tiempo que Viktor ha dejado de preguntar, y entonces se hace patente su desilusión: buscaba un relato heroico, con el que darse importancia frente a sus compañeros de estudios, y se encuentra con una historia anegada de trivialidades humillantes. Para establecer una conexión entre Viktor y su antepasado ben Israel, el lector deberá ir siguiéndole el rastro a los innumerables episodios que muestran cómo se construye la identidad a partir de un enfrentamiento con la realidad circundante, observando –y comparando– los esfuerzos que realizan ambos personajes a fin de adaptarse a las demandas del medio y huir del fantasma de la marginación, conservando unos elementos de su personalidad y desechando otros, todo para acabar descubriendo que la tragedia del que se sabe diferente se repite con puntual periodicidad.

Los acontecimientos históricos relatados en estas dos novelas no interesan en sí mismos, sino por la forma en la que modelan la vida y la identidad de los personajes, llevándolos a adquirir una serie de actitudes como la resignación, el pesimismo, el miedo, la pasividad o la desesperanza. De ahí que no sea posible separar el plano de lo personal del plano nacional. En ambas novelas lo personal se nos muestra como totalmente condicionado por lo general. De hecho, Chirbes ha afirmado en más de una ocasión que entiende la novela como narración de la vida privada en relación con la pública: “Lo que me importa de un texto”, observa en uno de los ensayos recogidos en *El novelista perplejo*, “es su dimensión pública: de qué modo las experiencias y razones de uno pasan a formar parte de razones o sinrazones ajenas y cómo, se quiera o no, ayudan a componer o fijar ese espacio mental y hasta moral que es la sensibilidad de una época.” (Chirbes: 2002: 9-10). Para él no se trata de representar grandes acontecimientos históricos, sino de centrarse en lo íntimo y cotidiano, en los gestos y silencios de unos personajes heridos por el fracaso y la desesperanza. Tanto en *La larga marcha* como en otras novelas de carácter más intimista como *La buena letra* (2002) o *Disparos de cazador* (1994) se ponen en evidencia los mecanismos personales y colectivos de los que se sirvieron vencedores y vencidos a fin de sobrevivir a la derrota o sacar partido de la victoria. Este esfuerzo por insertar lo individual en lo social acerca la narrativa de Chirbes, una vez más, a la de su colega austriaco, que, según sus propias declaraciones, presta una muy particular atención a esa relación dialéctica que se establece entre el personaje y el medio. Así, en *Vertreibung aus der Hölle*, Menasse nos describe los agotadores esfuerzos que hacen sus dos personajes principales por adaptarse al medio y asimilarse culturalmente, la persistencia con la que aprenden a reproducir los discursos dominantes, a imitar los usos y costumbres, llegando incluso a intentar cambiar el papel de perseguido por el de perseguidor –en el caso del niño Manné– todo a fin de intentar olvidar la inseguridad generada por el saberse distinto. Mas esa inseguridad no desaparece y la tan ansiada asimilación vuelve a resquebrajarse una y otra vez. La reflexión en torno al papel del individuo en la historia –y a su capacidad para intervenir en el curso de la misma– juega un papel central en las restantes novelas integradas en la trilogía de *Sinnliche Gewisshheit* y tiene su contrapartida en los esfuerzos que hacen también aquí los personajes por escapar a una identidad indeseada. Condenados a permanecer extraños

tanto en el país en el que nacieron, Brasil, como en la Viena de la que sus padres tuvieron que emigrar y a la que ellos regresaron para estudiar, Leo Singer y Judith Katz acaban descubriendo que el intelecto no es un instrumento válido para la manipulación de la propia vida o para la participación en la de los demás. La rigidez casi patológica de Leo, su incapacidad para entregarse al momento o para poner por escrito sus ideas e intuiciones; los insomnios de Judith (su miedo a no despertar), el autismo de Roman tienen su origen en el pasado, en los miedos de la infancia, en actitudes heredadas.

La voluntad que tienen tanto Chirbes como Menasse de situar sus relatos en el margen o reverso de la imagen idealizada que sus respectivos países tienen de sí mismos; el cuidado que ponen a fin de alejarse de las evocaciones nostálgicas o misticificadoras, les lleva a hacer un cuidadoso subrayado del desfase que se da entre los discursos con frecuencia altisonantes empleados por los personajes y la realidad cotidiana. Al narrar los esfuerzos que hace Viktor por integrarse en el ambiente universitario y aprender los discursos en boga, Menasse se encarga de mostrar cómo tales discursos –de contenido altamente revolucionario– son en realidad el instrumento del que se valen los estudiantes que ya tienen algo más de experiencia para imponer su autoridad frente a los recién llegados, de la misma forma en que éstos, una vez aprendidas las reglas, harán sentir su recién adquirido sentido de superioridad a sus sucesores. Víctor, cuyo único deseo es el de dejar de sentirse diferente, se somete a todos los rituales que son de rigor, afiliándose a un grupo estudiantil trotskista y dedicándose con ahínco a la tarea de repartir panfletos, pegar carteles, vender periódicos, asistir a reuniones políticas, a manifestaciones, “sitting ins”, círculos de lectura y comités. Su nombre ya ha sido propuesto para encabezar la lista de los trotskistas en las propias elecciones universitarias, cuando es confrontado con una falsa acusación de paternidad. A partir de este momento va a tener que sufrir en carne propia el dogmatismo totalitario que se oculta tras una ideología aparentemente igualitaria. Viktor, que pensaba que el grupo era “su familia, su vida”, va a ser sometido a un juicio sumarísimo, en el transcurso del cual no se le ofrece la oportunidad de defenderse. Tras ser expulsado del partido, sus antiguos compañeros le hacen el vacío. Los mecanismos que se ponen en marcha a fin de culpar y segregar a Viktor son muy similares a los que se emplean en la judería de Ámsterdam a fin de reducir a Uriel da Costa, un judío converso que abandonó Portugal, dejando tras de sí honores y riquezas, para asumir su recién descubierta identidad judía y que, una vez instalado en la judería de Ámsterdam, es denunciado por haber violado algunos de los preceptos religiosos. El dogmatismo desplegado en ambos niveles narrativos es igualmente cruel e intolerante en su defensa de las reglas que cohesionan la comunidad. Ambos protagonistas se revelan incapaces de asimilar lo sucedido, pues cada uno de ellos tendía a creer que tales excesos sólo podían ocurrir en otro tiempo o en otro lugar: “‘Es ist lächerlich’, dachte Viktor. Sie spielen Moskau der dreißiger Jahre! Sie spielen das allen Ernstes!’” (Menasse 2001: 432). “O mein Gott, wir spielen Inquisition. Wir imitieren die Spanier, wir wiederholen, was unseren Vätern widerfahren ist!”, reflexiona también el rabino Samuel Manaseh. “Sie wollten das auskosten. In Portugal und Spanien wurden Christen vor Gericht gezerzt, wenn sie verdächtigt wurden, im Geheimen die jüdischen Speisegesetze zu befolgen, im jüdischen Amsterdam

wurden Juden denunziert, die im Verdacht standen, daß sie diese Gesetze im Geheimen nicht befolgten.” (Menasse 2001: 451-452). La lucidez con la que Menasseh ben Israel es capaz de reconocer el sinsentido y el carácter dogmático y represivo del proceso al que él mismo asiste en calidad de rabino, y por tanto juez, no se traduce en ninguna acción concreta a favor de la víctima. A pesar de su manifiesta identificación con Uriel da Costa, Menasseh se deja paralizar por el temor: La conciencia de la fuerza que tiene el grupo para marginar a todos aquellos que no se asimilan incondicionalmente lo anula como individuo: “Bitte drehe dich um und gehe raus” (Menasse 2001: 452), piensa con fervor, pero en el momento en el que le corresponde hablar, calla cobardemente: “Und Menasseh ben Israel sagte kein Word. Er machte bloß eine unsichere Kopfbewegung, die als Nicken interpretiert wurde...” (Menasse 2002: 452). También para Chirbes es claro el mecanismo en virtud del cual los perseguidos pueden llegar a engrosar el bando de los perseguidores. A través de la figura del Doctor Vicente Tabarca ilustra los efectos que tiene el terror a largo plazo; por cuanto que priva a las víctimas de la autoconfianza necesaria para toda rebelión ulterior. Vicente Tabarca es una figura a la que se le ha “partido el espinazo”; es un personaje condenado a no salirse ya del papel de víctima, pues el miedo le induce a la connivencia y a la pasividad. Ni tan siquiera la lucidez con la que percibe su situación puede devolverle la libertad perdida: “‘Vivir a cambio de dejar de ser uno mismo’: ése era el trato que los supervivientes habían hecho con el vencedor, pero no sólo él, sino la mitad de un país” (Chirbes 1996: 91).

En ambas novelas nos encontramos con innumerables episodios que llaman la atención sobre la forma en la que ciertos individuos saben apropiarse de los discursos ideológicos a fin de utilizarlos para sus propios fines. El personaje de Coronado en *La larga marcha* resulta en este sentido ejemplar: es un manipulador nato, de “manos insolidarias y voraces”, que utiliza una retórica sumamente agresiva para lograr erigirse en jefe del grupo. Sus llamadas a la rebelión inmisericorde contra el régimen y contra la “decadente cultura burguesa” se orientan contra todo aquel que de alguna manera se interpone en su camino, incluidos sus propios compañeros. Así cuando convence a Carmelo de que no es conveniente que su amigo José Luis siga en el piso, no es por motivos de seguridad, como él afirma, sino sencillamente porque quiere pasar a ocupar su habitación. Las motivaciones que inducen a los restantes miembros del grupo a politizarse son mucho más altruistas y desinteresadas. Aun así queda claro que todos ellos se suman a la resistencia antifranquista atraídos sobre todo por el glamour de lo prohibido, o bien –igual que Viktor–, con el secreto deseo de escapar de su vieja identidad y forjarse la ilusión de una nueva. A lo largo de año y medio repartirán folletos y leerán los libros prohibidos que circulan de mano en mano, pero a excepción de Ignacio Mendieta, el intelectual del grupo, los demás no hacen sino una lectura sumamente superficial de los mismos. Chirbes se encarga de subrayar con fina ironía el desfase que durante todo este tiempo persiste entre los discursos altisonantes y la praxis vital. Lo personal, lo “burgués”, vuelve a entrecruzarse, y sobreponerse, una y otra vez con lo colectivo. Se discute hasta bien entrada la madrugada sobre la colectivización de los cuerpos y los bienes y sobre la necesidad de sustituir el amor –un sentimiento “pequeño burgués”– por la solidaridad, pero a continuación Carmelo tiene que observar una noche más cómo Coronado se encierra con

la mujer objeto de sus sueños. Que el activismo frenético y un tanto atolondrado del grupo acabe desembocando en el fracaso y la desilusión no resulta sorprendente, pues a medida que avanza la novela se hace más y más patente que sus miembros se dejan impresionar más por sus propios discursos que por la realidad. Hablan y actúan sin preocuparse por llegar a contactar con la realidad cotidiana de las gentes. Dicho alejamiento de la realidad encuentra su reflejo más significativo en la relación que “la célula” mantiene con Gregorio, el único obrero del grupo; el único que identifica sus elucubraciones como lo que son: “Eso son cosas que decís los estudiantes porque no sabéis lo que es un obrero.” (Chirbes 1996, 332). Gregorio es el primero en percatarse –aunque sólo de forma intuitiva– de que los dos mundos –el obrero y el estudiantil– son distintos y de que su pertenencia al grupo va a desencadenar el desastre. Y efectivamente, por su condición de intruso social en un ámbito al que no pertenece se desata la reacción burguesa que los conduce a todos ellos a la cárcel. La ironía de la suerte quiere que los seis sean detenidos precisamente cuando ya “un mecanismo se había roto en ellos y la célula estaba a punto de disolverse.” (Chirbes: 1996, 386). A través de su metamorfosis estos personajes representan las etapas –y el consiguiente fracaso– de la resistencia antifranquista y su compromiso revolucionario.

Aparte de sacar a relucir los elementos artificiales, las falsedades o mistificaciones de las que con frecuencia se nutren las identidades reconstruidas de sus personajes, ambos autores prestan gran atención a la forma en la que cada individuo (y cada comunidad) va adornando, suavizando o incluso falsificando la propia memoria del pasado. Tanto en las novelas de Chirbes como en las de Menasse nos encontramos con una larga galería de figuras secundarias que ilustran el proceso de maquillaje al que se ven sometidos los recuerdos del pasado. Este esfuerzo por borrar parte de su pasado dota a muchos de los personajes de la moderna Brasil, tal y como aparece retratada en *Sinnliche Gewissheit* (1988/96), de una doble personalidad, moderna y progresista la una, autoritaria y vuelta sobre el pasado la otra. Sobre todo en el gueto austro-alemán de Sao-Paulo impera un presente sin pasado semejante al que reina en el pequeño pueblo de Kromprechts al que regresa Roman en *Schubumkehr*, la tercera novela de la trilogía. Durante la estancia de Roman en Brasil su madre se ha vuelto a casar y se ha mudado con su pareja a un pequeño pueblo rural situado en la frontera con Checoslovaquia, a fin de dedicarse a la agricultura ecológica. Los esfuerzos del matrimonio por encontrar una nueva identidad tienen su contrapartida en el proceso de reconversión iniciado por el pueblo que, inmerso en una profunda crisis económica, pretende convertirse en un centro turístico. A tal fin se emprenden todo tipo de “reformas” destinadas a convertir la naturaleza en una especie de parque de recreo; la cantera abandonada (en la que trabajaron los presos del campo de concentración) se transforma en un museo; la fábrica de cristal abre sus puertas a los turistas (y a la nueva mano de obra extranjera proveniente del otro lado de la frontera) y junto a las cuadras y graneros se construyen casas de huéspedes. Nadie en el pueblo repara en el hecho de que tales obras reproducen, a vista de pájaro, una y otra vez el símbolo de la cruz gamada. Y lo que es más importante: nadie presta atención a los síntomas que apuntan a un resurgimiento de la xenofobia, potenciada por las angustias económicas, unidas al miedo ante un futuro incierto. La marcha hacia un futuro mejor está condu-

ciendo, al igual que sucedía en la novela de Chirbes, a la repetición de un pasado olvidado.

La amnesia colectiva denunciada por Menasse también aparece plasmada en la narrativa de Chirbes. En prácticamente todas sus novelas encontramos ejemplos de personajes desmemoriados que supieron olvidar a tiempo, cambiar de chaqueta, desdecirse de viejas fidelidades y alinearse con los vencedores. Sobre todo en *Los viejos amigos* se ahonda en las secuelas morales que dejan esos pequeños y grandes olvidos; el abandono de los ideales de juventud, las mentiras acumuladas a lo largo de una biografía, los fracasos y las imposturas, los actos de renuncia y las infidelidades. La variedad de voces que componen el tejido argumental de esta novela situada en los noventa nos ofrece una especie de “suma y sigue” de almas y perfiles de una generación. Todos los personajes que aparecen arrastran consigo la contradicción entre lo que soñaron ser y lo que ahora son. En el tiempo de sus estudios universitarios vivieron con entusiasmo activo el compromiso con la realidad, con la política y la cultura; ahora la mayoría de ellos son unos fracasados que se dan cuenta demasiado tarde de que los triunfadores sociales han sido aquellos que desde un principio antepusieron su interés personal frente a las ideologías y los compromisos. A veinte años vista, a la mayoría de estos personajes les resulta evidente lo que por aquel entonces apenas si percibieron: la inconsistencia moral e intelectual del panorama intelectual del postfranquismo; la superficialidad de una transición que acabó diluyendo la exigencia intelectual del cambio político en una serie de espectáculos mediáticos.

A modo de conclusión cabe señalar que a ambos acercamientos subyace un concepto común de la identidad como algo inestable y fragmentario, una construcción inevitablemente provisional, directamente influenciada por el medio. La meta última que persiguen tanto Chirbes como Menasse es la de mostrar cómo actúan las condiciones históricas, cómo lo personal se ve condicionado por lo general, dependiendo del grado en que los acontecimientos históricos impresionen o hagan consciente al sujeto que las vive. En sus ensayos tratan de llamar la atención sobre aquellas parcelas de la memoria que se han visto falseadas por la conveniencia y el interés. En sus novelas muestran cómo tales olvidos históricos acaban marcando la identidad de las personas. Es decir que, por un lado, prestan atención a la forma en la que actúan las condiciones históricas sobre la conciencia individual –mostrando cómo la identidad individual se va modelando a base de recuerdos y olvidos–, y por otro ilustran los procesos en virtud de los cuales cada individuo y cada comunidad va falsificando o maquillando la memoria de su pasado. De ahí la predilección de ambos autores por aquellos esquemas narrativos que les permiten ir jugando con distintos niveles temporales a fin de fijarse no ya sólo en lo íntimo y lo privado, sino también en las rupturas y continuidades que se dan entre diferentes momentos históricos.

BIBLIOGRAFÍA

- BISCHOF, G./ PELINKA, A. (eds.), *Austro-Corporativism. Past, Present and Future*. New Brunswick, London: Transaction Publishers, 1996.
- CHIRBES, R., *Disparos de cazador*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- CHIRBES, R., *La larga marcha*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- CHIRBES, R., *La buena letra*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- CHIRBES, R., *El novelista perplejo*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- CHIRBES, R., «Rafael Chirbes». *Die Weltwoche*, Rubrik Kultur (31.01.2002), 34.
- CHIRBES, R., *Los viejos amigos*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- CHIRBES, R., «Quién se come a Max Aub». *El País*, Sábado 31 de mayo de 2003, 5-6.
- CHIRBES, R., «Rafael Chirbes. 'Las novelas se escriben contra la literatura'». *El País*, Sábado 21 de junio 2003, 8.
- FEIJÓO, J., «Verkehrte Geschichte(n): Erkundung eines österreichischen Grundmotivs in Robert Menasses *Trilogie der Entgeisterung*». *Modern Austrian Literature*, vol. 34, n° 3/4 (2001).
- ENGELBERG, A., «Wenn die Geschichte mit dem Fuß aufstampft. Gespräch mit Robert Menasse». *Freitag*, n° 46 (8.11.2002), 11-15.
- FERNÁNDEZ, S., «Entrevista: Rafael Chirbes: los libros siempre saben más que su autor». *Babap*, n° 11 (enero 2002), 1-5 (www.babap.com/no11/rafael_chirbes.htm).
- GOLLNER, H., «Robert Menasse 'Schubunker' Österreich Molekül». *Literatur und Kritik*, n° 293-294 (1995), 106-108.
- LIJPHART, A., *Democracies: patterns of majoritarian and consensus government in twenty-one countries*. New Haven: Yale Univ. Press, 1984.
- MENASSE, R., *Seelige Zeiten, brüchige Welt*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1994.
- MENASSE, R., *Das Land ohne Eigenschaften*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1995.
- MENASSE, R., *Sinnliche Gewissheit*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1996.
- MENASSE, R., *Schubumkehr*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1997.
- MENASSE, R., *Überbau und Underground*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1997.
- MENASSE, R., *Erklär mir Österreich*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2000.
- MENASSE, R., *Die Vertreibung aus der Hölle*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2001.
- RIETZSCHEL, T., «Robert Menasse *Seelige Zeiten, brüchige Welt*. Ein Schlag ins Wasser». *Literatur und Kritik*, n° 259-260 (1991), 103-106.
- STOLZ, D. (ed.), *Die Welt scheint unverbesserlich. Zu Robert Menasses 'Trilogie der Entgeisterung'*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1997.